

JUAN DÍEZ NICOLÁS

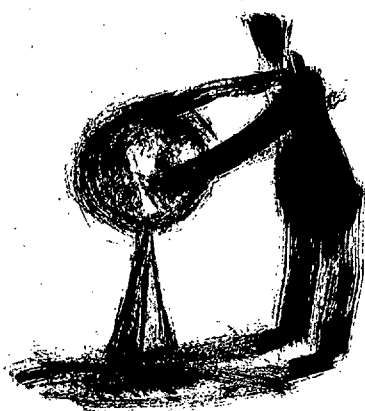
CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA DE LA UCM

En el Día Mundial de la Población

«Sí puede afirmarse que las desigualdades

económicas y sociales se han incrementado

entre países y dentro de cada país»



Al haberse conmemorado el Día Mundial de la Población del mítico año 2000 parece inevitable mirar hacia atrás para contrastar las previsiones de hace décadas respecto a este año, que ha sido referencia obligada en casi todas las previsiones, demográficas y sociales en general, al menos desde los años sesenta. Por extraño que pueda parecer, la mayor parte de los pronósticos de entonces se han cumplido, aunque resulta evidente que no se había previsto la espectacular reducción de la fecundidad en los países desarrollados iniciada a principios de los años ochenta, y que todavía se mantiene por debajo del nivel de remplazo de la población.

Así, la tasa de crecimiento de la población mundial se ha mantenido en un nivel alto, aunque se ha reducido algo, tal y como todos los estudios de las Naciones Unidas habían pronosticado. La población del mundo en 1965 era algo superior a los 3.000 millones de habitantes, y su tasa de crecimiento, 2,0 por ciento anual medio, implicaba duplicar la población en 35 años. Ahora, 35 años después, la población mundial es algo superior a los 6.000 millones de habitantes, y por tanto duplica a la de 1965. La actual tasa de crecimiento, 1,4 por ciento anual medio, implicaría duplicar la población en otros 49 años, de manera que en el año 2050 la población mundial sería de unos 12.000 habitantes. La pequeña reducción en el ritmo de crecimiento debe atribuirse a cierto descenso de la fecundidad en los países menos desarrollados, aunque es muy inferior a la reducción experimentada en su mortalidad, lo que ha provocado un crecimiento demográfico mucho más rápido en los países menos desarrollados que en los más desarrollados. Para expresarlo de forma más clara, en 1965 una tercera parte de la población mundial vivía en países desarrollados, y dos terceras partes en los menos desarrollados. Ahora, esas mismas proporciones son una quinta parte y cuatro quintas partes.

Las diferencias demográficas entre países desarrollados y no desarrollados han aumentado en lugar de reducirse. Los países desarrollados tienen una alta esperanza de vida (superior a los 75 años) y una muy baja fecundidad (por debajo del nivel de remplazo), que conjuntamente provocan el envejecimiento de sus poblaciones (su población menor de 15 años y la mayor de 65 años representan, en ambos casos, alrededor del 15 por ciento, pero mientras la primera sigue disminuyendo, la proporción de mayores sigue aumentando). Los países menos desarrollados tienen una esperanza de vida algo más baja (entre 50 y 65 años), pero muy superior a la de antaño y creciente, pero continúan con una fecundidad doble que el nivel de remplazo (alrededor de 4 hijos por mujer), lo que provoca una población que sigue siendo muy joven (entre el 30-40 por ciento de su población tiene menos de 15 años, frente a un 5-10 por ciento que tienen 65 y más años).

Como he recordado en muchas ocasiones, el crecimiento de la población mundial ha sido exponencial a lo largo de nuestra historia. Si en el año 0, es decir, al comienzo de la era cristiana, la población del mundo era sólo de unos 250 millones de habitantes, tardó dieciséis siglos y medio en duplicarse (500 millones en 1650 aproximadamente, cuando se dice que comenzó la revolución en las técnicas de producción agrícola que precedió a la revolución industrial en alrededor de un siglo). La población mundial se duplicó otra vez en sólo 200 años (1.000 millones en 1850), y otra vez en sólo 100 años (2.000 millones en 1950), y desde entonces se está duplicando, como se ha señalado antes, cada 35 años. Pero lo importante es que ese crecimiento exponencial se ha visto acompañado de un intenso y exponencial desarrollo tecnológico (especialmente en los transportes y comunicaciones), pero asimismo de un incremento de las diferencias (desigualdades) entre países desarrollados y menos desarrollados. Y esa es la cuestión que debe preocuparnos.

En efecto, en 1979, en una conferencia que pronuncié en el Club Siglo XXI primero, y que posteriormente publiqué en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, traté de resumir los conocimientos entonces existentes sobre las relaciones entre población, recursos, organización social y tecnología, y sobre esa base exponía cual era el futuro previsible. La fecha es importante porque había pasado ya el optimismo de la década del desarrollo (básicamente los años sesenta) y se había experimentado la primera crisis económica mundial, la primera crisis del petróleo de 1973, que provocó un incremento del paro, hasta entonces desconocido, en los países desarrollados y especialmente en Europa.

El diagnóstico que entonces hacía, y que no era fruto de ninguna «bola de cristal» ni nada parecido, sino que se basaba en la aceptación reflexiva de los argumentos expuestos en gran número de informes emanados de organismos internacionales, puede resumirse en los siguientes puntos. En primer lugar, el mantenimiento de una alta tasa de crecimiento demográfico mundial provocaría una presión excesiva sobre los recursos naturales, tanto renovables como no renovables, que implicaría un grave deterioro del medio ambiente físico y natural (ya entonces afirmé que en unas décadas la crisis mundial del agua sería más importante que la del petróleo). Este deterioro provocaría un deterioro de la calidad de vida en el planeta, y no sólo en los países menos desarrollados. El deterioro de la calidad de vida llevaría a un incremento de las desigualdades económicas y sociales entre países y dentro de cada país. El incremento de las desigualdades llevaría a un incremento de los conflictos (latentes y manifiestos) entre países y dentro de cada país. El incremento de los conflictos podría provocar respuestas autoritarias como medio más «eficaz» y «expeditivo» para resolverlos.

En estos 21 años desde que formulé ese diagnóstico, muchas de las previsiones se han cumplido. El crecimiento de la población mundial ha continuado a un ritmo excesivo, a pesar de la leve disminución ya comentada. El deterioro del medio ambiente físico y natural es patente,

hasta el punto de constituir uno de los problemas globales más importantes de la Humanidad actualmente, siendo objeto de atención prioritaria por todos los países y organismos internacionales. Sin entrar en la discusión de si la calidad de vida ha disminuido, incluso en los países desarrollados, ya que para muchos calidad de vida sigue identificándose con «cantidad», sí puede afirmarse sin lugar a dudas que las desigualdades económicas y sociales se han incrementado, tanto entre países como dentro de cada país, como demuestran, entre otros, los Informes de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano y los numerosos «libros blancos, negros, verdes, etc.» elaborados en numerosos países sobre las desigualdades económicas y sociales.

Como ejemplo de la creciente desigualdad entre países, he podido demostrar en otros trabajos que en 1963 la renta per cápita de la sub-región más rica del mundo (América del Norte) era 40 veces superior a la de la sub-región más pobre (África Oriental). En 1973, cuando culminaba la década del desarrollo, en la que realmente se practicó cierta redistribución de la riqueza, la sub-región más rica (Norte América) tenía una renta per cápita 39 superior a la de la más pobre (Asia Central). Pero en 1983 la sub-región más rica (en esta ocasión Europa Occidental) tenía una renta per cápita 51 veces superior a la de la sub-región más pobre (Asia Central). En 1991, cuando ya se anunciaba la globalización de la economía y surgía por todas partes el neo-liberalismo, otra vez América del Norte tuvo una renta per cápita 91 veces superior a la de la sub-región más pobre (África Oriental). Y en 1999 las desigualdades han seguido aumentando, de manera que América del Norte tiene una renta per cápita 108 veces superior a la de África Oriental. Los crecientes flujos migratorios desde los países menos desarrollados (80 por ciento de la población mundial) a los más desarrollados (20 por ciento de la población mundial) no son sino un pálido reflejo del crecimiento de las desigualdades entre países, que me llevó a acunar ya hace más de una década el término de países «en vías de subdesarrollo» para referirme a lo que estaba y está sucediendo en ciertas regiones del mundo, especialmente Iberoamérica, crecientemente endeudada y empobrecida por razones internas y externas.

¿Han aumentado también los conflictos entre países y dentro de cada país? No parece que sea necesario recurrir también en este caso a la enumeración de conflictos en todos los continentes durante los últimos años en comparación con las décadas anteriores, pero basta señalar que los conflictos internacionales, que parecían abolidos en la Europa Occidental, han resurgido en lugares tan próximos como los Balcanes. En cuanto a los movimientos sociales reivindicativos, es evidente su incremento, incluso en países desarrollados, aunque a veces estén «camuflados» como conflictos no socio-económicos o de clase.

La pregunta clave es, por tanto, ¿estamos abocados a un rebrote de autoritarismo, en el ámbito internacional y en el de cada país en concreto? Muchos datos apuntan en esa dirección, y aunque nada hay inevitable en el devenir de la Humanidad, debemos estar cada vez más alerta sobre ese posible resurgir de los autoritarismos, de izquierda o de derecha, pues al fin y al cabo da igual, ya que no existe diferencia para quien los tiene que sufrir. El gran sociólogo Merton decía que hay profecías que se «auto-destruyen» y otras que se «auto-cumplen». Si un pronóstico no nos gusta, lo mejor que se puede hacer es trabajar y luchar para eliminar las condiciones que pueden llevar a ese futuro no deseado. Pero, teniendo en cuenta la cadena lógica de acontecimientos antes señalada, y que se ha ido cumpliendo durante los últimos 20 años, ¿estamos haciendo todo lo posible y lo necesario para impedir que se cumpla ese futuro no deseado?